

***¡MOSQUITOS, REINAD SOBRE ESTE MUNDO! UNA PROPUESTA DE
LECTURA ECOCRÍTICA DE *LA INFANCIA DEL MUNDO* (2023) DE
MICHEL NIEVA¹***

*MOSQUITOES, REIGN OVER THIS WORLD! A PROPOSAL FOR AN
ECOCRITICAL READING OF *LA INFANCIA DEL MUNDO* (2023) BY
MICHEL NIEVA*

René Araya Alarcón

Universidad de Playa Ancha, Chile

rene.araya@alumnos.upla.cl

<https://orcid.org/0000-0003-1042-3288>

RESUMEN: El presente artículo propone una lectura ecocrítica de la novela *La infancia del mundo* (2023) de Michel Nieva. Para lo anterior, utilizamos elementos teóricos de Donna Haraway, fundamentalmente la noción de Chthuluceno, desarrollada en el volumen *Seguir con el problema* (2016). Se sostiene que la novela de Nieva denuncia la crisis ambiental como efecto del capitalismo avanzado, además de representar modalidades de resistencia a las estrategias capitalistas de dominación y mercantilización de los ecosistemas. Estas formas de resistir estarían ligadas a la generación de parentescos multiespecies que superan los límites de la idea de excepcionalidad humana.

¹ Este trabajo ha sido financiado por el Programa de Contratación de Ayudantes de Investigación de la Universidad de Playa Ancha, en el marco del Proyecto de Fortalecimiento UPA 24991.

PALABRAS CLAVE: ecocrítica, Capitaloceno, Chthuluceno, Michel Nieva, *La infancia del mundo*.

ABSTRACT: This article proposes an ecocritical reading of the novel *La infancia del mundo* (2023) by Michel Nieva. For the above, we use theoretical elements from Donna Haraway, fundamentally the notion of Chthulucene, developed in the volume *Staying with the problem* (2016). It is argued that Nieva's novel denounces the environmental crisis as an effect of advanced capitalism, in addition to representing modalities of resistance to capitalist strategies of domination and commodification of ecosystems. These forms of resistance would be linked to the generation of multispecies kinships that exceed the limits of the idea of human exceptionality.

KEYWORDS: ecocriticism, Capitalocene, Chthulucene, Michel Nieva, *La infancia del mundo*.

Recibido: 25 de julio de 2024

Aceptado: 17 de octubre de 2024

1. PREÁMBULO. LA CIENCIA FICCIÓN COMO HERRAMIENTA ECOPOLÍTICA

La cuestión ambiental puede considerarse como el giro político de nuestro tiempo (Merlinski, 2021, p. 29). Las escenas de devastación de ecosistemas y ambientes, así como la desigualdad con que esta destrucción impacta en la vida de las personas, hacen que la injusticia ambiental no pueda entenderse separada de la cuestión social. Así, la idea de desastre ecológico debe dejar de concebirse como fatalidad, para leerse, en cambio, como elección política, contexto en que la ecocrítica ha cobrado vigor en el panorama de las humanidades y de los estudios literarios durante los últimos años (San Román, 2022, p. 379).

En este marco, son variados los proyectos literarios que han intentado aproximarse a la cuestión ambiental desde una perspectiva ecopolítica. Quisiera detenerme en uno particular, aquel que ha emprendido Michel Nieva (Buenos Aires, 1988), reconocido por la crítica como uno de los narradores argentinos más originales de la actualidad (González Johansen, 2021, p. 55). Sobre Nieva, resulta pertinente apuntar que estudió Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y actualmente es docente e investigador doctoral en la Universidad de Nueva York. Ha publicado el poemario *Papelera de reciclaje* (2011), las novelas *¿Sueñan los gauchoides con ñandúes eléctricos?* (2013), *Ascenso y apogeo del Imperio argentino* (2018) y *La infancia del mundo* (2023), de la que nos ocuparemos acá; además de los ensayos *Tecnología y barbarie* (2020) y *Ciencia ficción capitalista* (2024). También es autor del guion de un videojuego emparentado con su propuesta narrativa, denominado *Elige tu propio gauchoide*, asunto nada trivial si consideramos el lugar que ocupan en su trabajo elementos que orbitan en torno al posthumanismo (De Leone, 2017, p. 208).

Aunque *La infancia del mundo* ha sido reseñada en varios medios escritos y revistas especializadas, aún no existen estudios que se hayan aproximado a su examen. En efecto, el conjunto de su obra aparece hasta ahora discretamente considerada por la academia, a pesar de tratar temáticas contemporáneas de suma relevancia. Juzgo que esta cuestión justifica esta propuesta de análisis, pues pudiera aportar con elementos conceptuales e interpretativos al proyecto narrativo de Nieva, toda vez que *La infancia del mundo* reitera, amplifica y complejiza algunos temas tratados en trabajos anteriores.

En este marco, de acuerdo con Lalkovičová (2023, p. 352), una de las características fundamentales de la obra de Nieva es la continua relación con el género de ciencia ficción, específicamente el cyberpunk, del que el autor se reapropia para crear lo que él denomina *gauchopunk*. Nieva (2022) lo caracteriza así:

Gaucho punk es un proyecto literario que surge [...] porque desde la Conquista de América hasta nuestra época, se dio un proceso en el que diversas tecnologías y discursos produjeron una indistinción entre cuerpos y territorios como una mercancía de extracción equivalente, que reposa en una distinción entre qué es lo humano y no humano, lo vivo y no vivo.

Uno de los problemas fundamentales del cyberpunk y la ciencia ficción es este límite, entonces interrogar con ese lenguaje la violencia política contra esos cuerpos y territorios es un propósito.

Nieva declara su interés de pensar la ciencia ficción como herramienta política y teórica para pensar el presente, fundamentalmente en el marco del rol que juega el capitalismo en las dinámicas sociales, políticas y territoriales contemporáneas (Nieva, 2020, p. 165). Establece así una diferencia con lo que él denomina ciencia ficción capitalista, en la medida en que el capitalismo “es capaz de apropiarse de los tópicos de la ciencia ficción para fetichizar su propia mercancía y la narrativa corporativa de personajes como Elon Musk” (Nieva, 11 oct. 2023)². Esa narrativa haría referencia a la utopía capitalista de “continuar con la vida de los multimillonarios cuando la Tierra ya sea inhabitable, como viajar a Marte, reconstruir allí ecosistemas terrestres, etcétera” (Nieva, 11 oct. 2023). De acuerdo con Nieva, la idea del *fin del mundo* es una mercancía más del capitalismo y su maquinaria está abocada a imaginar el modo en que funcionará cuando el mundo ya no exista. En este sentido, reconoce a la ciencia ficción como motor mitológico del fetichismo contemporáneo, motivo por el cual asume como un propósito de su trabajo *hackear* los imaginarios del futuro que ya han sido delineados por el capitalismo, toda vez que

La ciencia ficción del norte es la que pensó el futuro y ese futuro está muy instalado, es muy difícil pensar otro. Lo que se puede hacer es inmiscuirse en ese futuro que ya está pensando y hackearlo. Meter las realidades del sur omitidas en ese futuro pensado por el norte y ver qué efectos produce. (Nieva, 11 oct. 2023)

² En este sentido, véase, por ejemplo, *Elon Musk. El hombre que anticipa el futuro*, de Ashley Vance.

Se trata, entonces, de *hackear* una lectura hegemónica del futuro, toda vez que esa imagen futura tiene consecuencias ambientales y humanas muy agresivas y excluyentes. La concreción de esa fantasía, de hecho, parece incorporar la idea de que destruir la Tierra es un estadio necesario para *terraformar* otros planetas. Ese futuro, esto es evidente, solo será posible —si acaso— para una minoría. En este marco, Nieva apunta al modo en que la maquinaria capitalista interviene los espacios y las geografías en operaciones de extracción intensificadas que son “hacedoras de desiertos” contemporáneos:

En las dos décadas que lleva el siglo XXI, las economías de extracción intensificada han sometido a los recursos no renovables de Argentina a la mayor y más devastadora destrucción de su historia. El desmonte de millones de hectáreas de bosque nativo para el monocultivo de soja, que desertifica el suelo y requiere de pesticidas que exponen a poblaciones rurales enteras a sus efectos cancerígenos, la minería a cielo abierto y el fracking, que consumen y contaminan diariamente millones y millones de litros de agua con cianuro [...], extinguen floras y faunas para siempre, y destruyen formas de vida ancestrales de cientos de comunidades indígenas. (Nieva, 2020, p. 29)

Estos desiertos, que los “proyectos liberales del siglo XIX quisieron conjurar traduciendo violentamente cuerpos y territorios al lenguaje del capital” (2020, p. 31), reaparecen para ocupar un lugar central en la geografía y políticas argentinas, ya no por efecto de la barbarie sino como secuela de un exceso de civilización.

Así, se trata de pensar la ciencia ficción como una herramienta ecopolítica que pone en juego modos de imaginar alternativos a aquellos impuestos por el capitalismo y su relato *sci-fi*. De este modo, Nieva pone en juego algunas conceptualizaciones de Mark Fisher (2016, p. 17) respecto a la necesidad de combatir al capitalismo desde su interior, pero a través de un lenguaje que tensione sus narrativas para imaginar la construcción de un porvenir diferente. Debido a lo anterior, Nieva se apropia de la distopía, pues está

íntimamente ligada a la idea de lo intraducible, del miedo que produce el código o un mensaje que no se puede entender, y que inspira inmediatamente, paranoia y sospecha (2020, p. 14).

De cierto modo, las ideas propuestas por Nieva en sus trabajos anteriores confluyen en *La infancia del mundo*. Este texto se sitúa en el siglo XXIII e imagina la miserable infancia de un ser de origen incierto, mitad humano, mitad mosquito, cuyo aspecto monstruoso lo convierte en blanco de todo tipo de violencias. Este niño habita en un lugar de paisaje postapocalíptico de una Argentina completamente transformada por acción de la dominación capitalista. Frente a lo anterior, la reflexión que ofrezco orbita en torno a las siguientes preguntas: ¿qué lectura ofrece *La infancia del mundo* sobre la crisis ambiental? ¿qué responsabilidades endilga al capitalismo tardío? ¿qué alternativas de resistencia se representan en las subjetividades que despliega?

La hipótesis de lectura que propongo apunta, entonces, en la dirección de que *La infancia del mundo* caracteriza la crisis ambiental como un efecto del capitalismo y sus estrategias de dominación de la naturaleza y sus especies, las que son concebidas como mercancías prescindibles. Al mismo tiempo, sostengo que la novela representa modalidades de resistencia a ese modelo de producción y dominación, las que pueden leerse desde aportes teóricos de Donna Haraway, especialmente, los contenidos en su texto *Seguir con el problema* (2019a).

2. DONNA HARAWAY Y UNA PROPUESTA PARA REPENSAR NUESTRA ERA: CHTHULUCENO

En sus diversos trabajos teóricos, Donna Haraway ha enfatizado que la actual crisis ambiental responde a un cierto modo de concebir los vínculos entre los seres que habitan en el planeta (2019a, p. 19). En este sentido, ha propuesto la necesidad de superar la idea con que se concibe la Naturaleza desde el pensamiento moderno, como si fuera una entidad inerte. Haraway comprende, en cambio, que se trata de una articulación biocultural (1995, p. 41). Este asunto resulta esencial, pues según sus planteamientos, el actual escenario ambiental no supone una amenaza de la vida en el planeta en sí misma,

pues “los microbios se adaptarán” (2019a, p. 43). En cambio, lo que estaría en riesgo es la habitabilidad de familias, especies y ensamblajes en el planeta. En efecto, nuestra forma de vida hiperconsumista, propia del capitalismo tardío, ha dejado un inventario de huellas y paisajes de devastación que permiten apreciar a todas las especies extintas y recordarnos, así, “los ensamblajes que hemos alterado, y que vivimos en un presente imposible bajo la amenaza de futuras extinciones, por lo que esos fantasmas, esas huellas, son también la esperanza de porvenires menos sombríos” (Araiza Díaz, 2021, p. 422). Siguiendo a Tsing et al. (2017, p. 15), los fantasmas de las especies extintas están ahí, entre las ruinas del planeta, del mismo modo que están entre nosotros los “humanos y no humanos, sin refugio” (Haraway, 2019a, p. 18). Todos esos vestigios y precariedades ponen en jaque la cuestión de la de habitabilidad, no de la existencia en sí, porque nada existe en sí, dado que toda entidad es producto de ensamblajes que crean condiciones para la vida sostenible.

Así, para Haraway, el asunto no es combatir la crisis ambiental o mitigarla, sino que se trata de asumir responsabilidades que posibiliten imaginar futuros esperanzadores como alternativas al pensamiento que se distingue en las nociones de Antropoceno y Capitaloceno (2019a, p. 19). En esta medida, Haraway discute que nuestra era, en términos geológicos, deba denominarse Antropoceno, pues de acuerdo con esta noción los cambios que se perciben en el mundo obedecen a la explotación de la naturaleza por parte del hombre (Crutzen y Stoermer, 2000, p. 17). Esta etapa habría comenzado con la revolución industrial de finales del siglo XVIII y supondría un impacto global de las actividades humanas sobre el ecosistema. Sin embargo, Haraway se resiste a esa noción por considerarla antropocentrista, eurocéntrica y burguesa, además de estimar que reafirma la posesión privilegiada de lo humano. En cambio, de acuerdo con su visión, no es la especie humana y sus herramientas las que hacen la historia, motivo por el cual, al igual que Schaeffer (2009, p. 19) se opone a la idea de “excepcionalismo humano”. En opinión de Haraway, la noción de Antropoceno imposibilita la capacidad de imaginar y cuidar de otros mundos, además de que la abstracción de lo humano impediría llamar a rendir cuentas a los sujetos específicos que son mayoritariamente responsables del desastre natural.

En este sentido, propone la reconfiguración de lo que entendemos por humano y de la generación de nuevos relatos que permitan materializar otros mundos posibles. Así, concuerda con el hecho de que habitamos en el Capitaloceno, concepto que da cuenta de la influencia de un sistema económico y cultural particular en la conformación del paisaje apocalíptico. Ya no sería la abstracción del Antropoceno, sino una especificidad relacionada con la forma de vida capitalista, que no se puede separar de las prácticas tecnocientíficas, sin las cuales no habría influencia antropogénica, ya que la intervención humana en el ambiente no se ha dado de forma casual ni desordenada, sino por medio de la razón y la tecnología, de modo instrumental e institucional. Con todo, verificar esa influencia, no resuelve la cuestión. Designar a esta era como Capitaloceno solo funciona como una base diagnóstica. En este sentido, Haraway supone que la crisis terminal del medio ambiente que estamos atravesando involucra que humanos y no humanos se encuentran inextricablemente ligados en redes y conexiones tentaculares. Ha propuesto, por ello, que habitamos en un periodo que ella denomina Chthuluceno:

Es un compuesto de dos raíces griegas (khthon y kainos) que juntas nombran un tipo de espaciotiempo para aprender a seguir con el problema de vivir y morir con respons-habilidad en una tierra dañada. Kainos significa un tiempo para la continuidad, para la frescura. Nada en kainos debe significar pasados, presentes o futuros convencionales. No hay nada en los tiempos de comienzo que insista en eliminar completamente lo que ha venido antes ni, ciertamente, lo que viene después. Kainos puede estar lleno de herencias, de memorias y también de llegadas, de criar y nutrir lo que aún puede llegar a ser. (Haraway, 2019a, p. 20)

Lo anterior supone repensar las relaciones entre lo vivo y lo no vivo del planeta, estableciendo lo que Haraway entiende como relaciones de parentesco en tanto una categoría salvaje que apunta a la generación de vínculos raros, subjetividades nómadas que van más allá de los parentescos divinos y de la familia biogenética y genealógica y

que apunta, en últimos términos, a problematizar asuntos relevantes como ante quién se es responsable en realidad:

¿Quién vive y quién muere, y de qué manera, en este parentesco en lugar de en aquel otro? ¿Qué forma adquiere este parentesco, dónde y quiénes conectan en sus líneas, y qué pasa con ello? ¿Qué debe cortarse y qué enlazarse para que los florecimientos multiespecies sobre la tierra (incluidos humanos y alteridades-no-humanas en parentesco) tengan una oportunidad? (Haraway, 2019a, p. 21)

De este modo, se trata de generar nuevos parentescos que permitan las alianzas entre subjetividades múltiples, nómadas, que opten por la regeneración de la Tierra (2019a, p. 22). Pueden establecerse acá coordinadas con las propuestas de Moore (2000), quien rescata la idea de *oikos*, interpretándolo como “lugar propicio” de relación creativa, histórica y dialéctica que existe entre las naturalezas humanas y extrahumanas (p. 53), es decir, la relación mediante la que los seres humanos (y otras especies) crean condiciones de vida. Moore entiende el *oikos* no como una casa habitación, sino un espacio-mundo que está fundado en vínculos creativos, generativos, situados y encarnados (Araiza Díaz y Araiza Díaz, 2021, p. 24). Haraway identifica a determinadas entidades como las llamadas a habitar este período. Los denomina chthónicos y son quienes “no pertenecen a nadie; se retuercen, se deleitan y crecen profusamente con formas variadas y nombres diversos en las aguas, los aires y los lugares de la tierra. Hacen y deshacen; son hechos y deshechos. Son quienes son” (2019a, p. 21). De acuerdo con Haraway, las potencialidades de los chthónicos son tales que no es de extrañar que se haya intentado exterminarlos una y otra vez: “Los escándalos de estos tiempos Antropoceno y Capitaloceno son las últimas y más peligrosas fuerzas exterminadoras. Vivir-con y morir-con de manera recíproca y vigorosa en el Chthuluceno puede ser una respuesta feroz a los dictados del Ántropos y el Capital” (2019a, p. 21).

Entonces, hacerse cargo es, como dice Haraway, cultivar “respons-habilidades”, capacidades mentales y prácticas, pensar-con y actuar-con, comprometerse con los otros inesperados (2019a, p. 70), para sanar nuestro planeta herido. Por eso, una condición fundamental de la respons-habilidad es el duelo, mismo que no es atributo exclusivo de la especie humana, como nos recuerda Haraway (2019a, p. 71) apoyada en Van Dooren (2014, p. 42). Es decir que la respons-habilidad empieza por con-dolernos por los seres amados, los lugares y las formas de vida que se han perdido. El duelo se constituye en un paso para comprender que formamos parte de un mundo común, hoy parcialmente en ruinas, por lo que la memoria colectiva y sostenible es aquello que permitirá vivir con nuestras pérdidas y bien morir.

La respons-habilidad implica estar plenamente presentes, no entre pasados idílicos o futuros salvíficos, sino como criaturas mortales entrelazadas en innumerables configuraciones inacabadas de lugares, tiempos, asuntos y significados. Entonces, seguir con el problema es vincularse, para lo cual Haraway propone establecer nuevos parentescos o “parentescos raros” (2019a, p. 153), dejar atrás la idea burguesa y heteronormada de la familia para dar paso a familias *queer* y multiespecie (humanos, animales, plantas y máquinas) donde la consanguineidad no es una condición, y donde no hay miembros, sino simbioses, seres asociados a otros o, más precisamente, holobiontes, siempre abiertos a nuevas configuraciones y alianzas.

3. CAPITALISMO DEL DESASTRE Y VIROFINANZAS

Empiezo por el territorio: ¿Qué lugares habita el niño dengue? ¿Por qué geografías se desplaza? *La infancia del mundo* fabula una distopía en que los estragos del calentamiento global sobre el cambio climático y las consecuencias humanas asociadas a esos cataclismos han llegado a un nivel paroxístico. Es el año 2272 y el cambio de la temperatura sobre la superficie terrestre es de tal magnitud que la geografía de la República Argentina ha sufrido modificaciones mayúsculas:

Para quien no conozca esta austral región de Sudamérica, recordaremos que fue en 2197 cuando se derritieron masivamente los hielos antárticos, y al subir el mar a niveles jamás vistos, la Patagonia, región otrora famosa por sus bosques, lagos y glaciares, se transformó en un reguero desarticulado de pequeños islotes ardientes. (Nieva, 2023, p. 21)

De ser un árido desierto, “resecado por siglos de monocultivos y girasol y de soja” (p. 21), se transforma en la única vía, junto al Canal de Panamá, que permite la navegación interoceánica en todo el continente, metamorfosis que “insufló la economía regional de constantes y succulentos ingresos por tarifas portuarias, además de que le dio acceso a noveles y paradisíacas playas que atrajeron a veraneantes del mundo entero” (p. 21). Se trata, entonces, de eso que Naomi Klein entiende como “capitalismo del desastre”, es decir, el enfoque fundamentalmente adoptado por la clase corporativa y los gobiernos para beneficiarse directa o indirectamente de los desastres naturales o artificialmente causados (Klein, 2007, p. 30; Klein, 2020, p. 19). En este sentido, el “capitalismo del desastre” postula que detrás de toda “tragedia” es posible ver una “oportunidad”. Con todo, el narrador se encarga de hacernos notar que las *oportunidades* derivadas del desastre benefician exclusivamente a ciertos sectores de la sociedad. Así, en el Caribe Pampeano solo algunos pueden acceder y disfrutar de las bondades derivadas de las transformaciones brutales en los territorios y geografías argentinas, pues “los mejores balnearios [...] eran propiedad exclusiva de hoteles privados y de mansiones de veraneantes extranjeros” (Nieva, 2023, pp. 21-22), mientras que el resto “debe conformarse con playas públicas sucias y macilentas” (21). Esta descripción, aunque ofrecida en el marco de una propuesta distópica y futurista, da cuenta del estado actual de la crisis climática, en que podemos advertir una asimétrica geopolítica de la desigualdad ecológica (Harvey, 2007, p. 28; Merlinski, 2021, p. 42).

Pero la cuestión del aprovechamiento capitalista del desastre se aprecia con mayor contundencia respecto de la Antártica, espacio que se denomina ahora Caribe Antártico (Figura 1):

Fue cuando finalmente se derritieron las antiquísimas capas glaciares que habían cubierto durante milenios la Antártida Argentina que la empresa YPF (con la colaboración de capitales británicos) emprendió la extracción de hidrocarburos de la Base Belgrano II, actividad que, durante años, reportó millonarios dividendos a múltiples sectores de economía. (Nieva, 2023, p. 33)

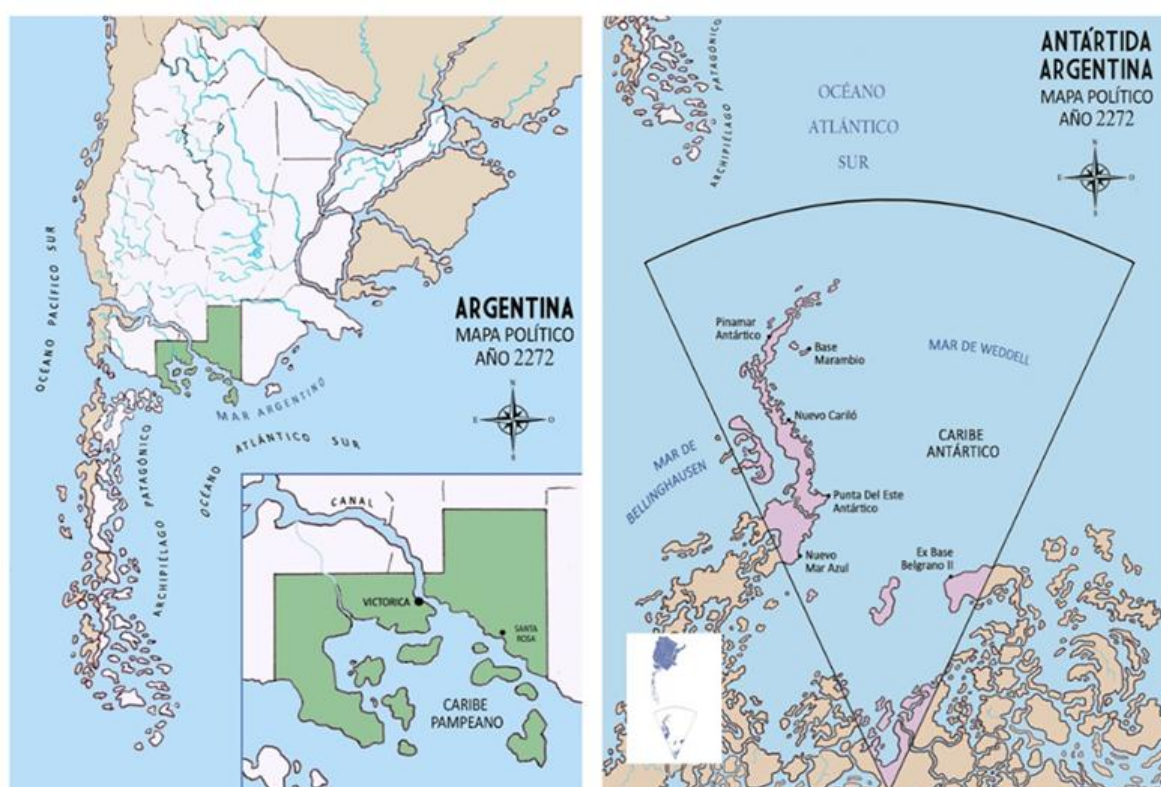


Figura 1: Caribe Pampeano y Antártico. Fuente: Mapas extraídos desde las páginas 13 y 77 de *La infancia del mundo* (Nieva, 2023). El autor es Gustavo Guevara (Catinga).

Los mares de la Antártida son “emblemáticos por ser los únicos de la Tierra que aún no arden a temperaturas hirvientes” (p. 79): para 2272 el promedio de temperatura de los mares y océanos promedia los 90° y puede llegar hasta los 200° en lugares como California y Medio Oriente, de manera que el “Caribe Antártico, en cambio, es uno de

los pocos abrigos del gran sauna del mundo, con unos agradables 40°C de media anual. Sus aguas azules y todavía tibias despiertan la admiración de los más exigentes turistas, que las prefieren frente a otros ardientes trópicos para veranar o incluso vivir” (p. 79). En este contexto, el narrador insiste sobre la inequitativa distribución de los efectos del desastre, toda vez que a lo largo del Caribe Antártico se despliegan:

Grandes y vibrantes ciudades que ofrecen una oferta cultural amplísima, con teatros, bares, espectáculos de tango y casino, como Base Marambio, balnearios para descansar en familia, como Nuevo Cariló, o para divertirse entre amigos, como Punta del Este Antártico, y lejos de este bullicio urbano, también hay aventuras al aire libre para los más audaces: jetski y buceo en la barrera de coral del Mar de Weddell, pesca deportiva de truchas, avistamiento de tortugas, lagartos y delfines, y hasta un tour a Base Belgrano II, puerto petrolero y de fósiles raros donde los yacimientos de YPF y sus enormes máquinas hidráulicas son las máximas perlas. Las encrespadas olas del Mar de Bellingshausen también son famosas por albergar el Campeonato Internacional de Surf, cita obligada para los amantes del deporte acuático. (Nieva, 2023, p. 80)

Todos los prodigios de que pueden gozar los sectores acomodados de la sociedad no serían posible sin la intervención de Ascension Industries of Solutions (AIS), una multinacional inglesa de geoingeniería planetaria que ganó casi todas las licitaciones estatales y privadas para adecuar “las diversas geografías de la Antártida Argentina a las rigurosas exigencias del turismo internacional” (p. 80). Esta compañía metaforiza un modo de funcionamiento del capitalismo global actual que concibe a la naturaleza como una mercancía. Su creador y CEO es Noah Nuclopio, quien suele argumentar que “si el capitalismo había destrozado la naturaleza, también podía reutilizar esos métodos para reconstruirla” (p. 102). Esta es, en efecto, una idea recurrente en la novela y hace énfasis en el imaginario de que el capital puede sobrevivir al colapso de la Tierra y recrearla en otros planetas, idea que suele denominarse como *terraformismo*. Es así como

[...] sus detractores llamaban al AIS como el “McDonald’s climático”, ya que ofrecía una especie de menú predeterminado de floras y de faunas genéticamente patentadas, y que convertían en pocos meses cualquiera lugar de la Tierra o sus colonias extraterrestres en una escenografía idéntica, una plantilla predefinida que volvía intercambiable un bosque en la Antártida o una selva de Marte. (Nieva, 2023, p. 82).

Lo que está en juego es el modo en que la maquinaria capitalista no considera a los ecosistemas en tanto entidades únicas e insustituibles, sino en simples mercancías que pueden recrearse artificialmente. Se ofrece, entonces, la representación del planeta y cualquiera de sus especies vegetales y animales como entidades desechables. En este marco, no puede dejar de atenderse el nombre del CEO de AIS, nada menos que Noah, nombre que remite, de acuerdo con la tradición judeocristiana, al sujeto escogido para advertir a la gente del diluvio inminente en los albores de la humanidad de acuerdo con el libro del Génesis, así como para construir una embarcación monumental donde debían preservarse todas las especies animales. Luego del diluvio (el cataclismo) Noé se encarga de que las especies animales rescatadas vuelvan a habitar el planeta, mientras que Noah Nuclopio, a través de ejercicios genéticos y tecnológicos, puede recuperar especies extintas (no protegidas en su momento), luego del desastre ambiental.

Al respecto, cabe señalar que una distracción mencionada en la novela es una consola llamada Pampatronics. Uno de los juegos más populares se llama *Cristianos vs Indios*. Este juego permite la inmersión total en una realidad virtual de la pampa argentina, disputada entre ciertos pueblos originarios no especificados, denominados simplemente bajo el rótulo de “indios”, y el Ejército Argentino. Una de sus versiones más actualizadas se llama “La Conquista del Desierto Especial (*Cristianos vs Indios 4*)”, en que distintas corporaciones interplanetarias, tras la extinción definitiva de los “indios” (por eso la palabra que los designa aparece tachada), compiten por la colonización y control del Sistema Solar. Dicho juego viene acompañado de un tutorial llamado *Breve introducción*

a la *Terraformación Planetaria*, donde se indica que el propósito del juego es nada menos que ofrecer:

[...] la posibilidad de recrear en otros planetas valiosísimos y ya perdidos ecosistemas autóctonos de la Tierra, pero sin la inconveniencia económica y política de lidiar con sus habitantes originarios. Así, la flora y la fauna nativas y sus fascinantes paisajes no solo adquirirían el estatuto de mercancía en estado puro, recurso ilimitado capaz de reproducirse y extraerse infinitamente, sino que además se sorteaba el obstáculo tedioso de las poblaciones aborígenes y su insoportable sentimentalismo (producida por la ignorante superstición de que esta era irrepetible). Esta nueva tecnología, que permitía la replicación de largos procesos geológicos de millones de años en poco menos de días o semanas, disparaban un radical nuevo entendimiento sobre qué es un lugar. (Nieva, 2023, pp. 133-134)

En la novela, la representación del despliegue del capitalismo no se detiene en la intervención, manipulación y aprovechamiento de los territorios, sino que despliega a su vez una serie de ejercicios biopolíticos, en la órbita de la clásica fórmula foucaultiana de “hacer vivir, dejar morir” (Foucault, 2021, p. 143). Así, una de las filiales del conglomerado AIS es la Influenza Financial Services:

[...] una importante empresa de servicios para grandes inversionistas que calculaba la probabilidad del advenimiento de nuevas pandemias y monetizaba sus efectos a través de distintos instrumentos y paquetes accionarios [...], con la deforestación total del Amazonas y de las florestas de China y África, todos los años irrumpían, transportados por animales e insectos salvajes que habían perdido su hábitat, cientos de miles de virus de los que se carecía de registro. Inoculados en granjas hacinadas de pollos, cerdos y otros animales de ganado industrial, estos agentes infecciosos mutaban y despachaban nuevas pandemias zoonóticas, que rápidamente

fueron transformadas por la Bolsa de valores de La Pampa en valiosísimo motivo de especulación. (Nieva, 2023, p. 45)

Los corredores de virofinanzas pueden ver en línea, todo el tiempo, cómo las compañías destinadas a la política de la gestión financiera de los virus multiplican sus réditos como si fueran bitcoins o estuvieran en un videojuego. Operación, por tanto, de un virocapitalismo que es capaz de predecir de modo infalible qué virus desatarán una pandemia, para reunir paquetes accionarios de empresas que se favorecerían por efectos derivados de las crisis sanitarias y cotizarlas en el mercado. Los virus convertidos en activos capaces de generar riquezas descomunales. Aunque exacerbados, los procedimientos bursátiles que describe la novela bien pueden rastrearse en el manejo involucrado en la reciente pandemia por Sars-COV-19. En *La infancia del mundo*, tal y como en el reciente manejo de la crisis sanitaria global, se advierte un proceso de mercantilización de la biología y de los cuerpos convertidos en mercancía, portadores humanos de bitcoin, volúmenes de valores virtuales y transables en la bolsa.

4. EL NIÑO DENGUE: MONSTRUO Y ANORMAL... ¿TAMBIÉN CHTHÓNICO?

La novela se focaliza sobre un niño, extraña mezcla entre humano e insecto, al que denominan, por cierto, niño dengue. Habla, piensa y siente como los seres humanos, pero posee la apariencia de un insecto, lo que concita el aborrecimiento de parte de quienes le rodean: “Nadie quería al niño dengue. No sé si por su largo pico, por el zumbido constante, insoportable, que producía el roce de sus alas y desconcertaba al resto de la clase” (Nieva, 2023, p. 15).

Es oportuno señalar que no es casualidad que se trate de un dengue, toda vez que, en los últimos años, Argentina ha experimentado reiteradas crisis sanitarias a causa de este insecto (solo en 2024 han tenido lugar 435 mil casos y más de trescientos muertos). Su nombre científico es *Aedes aegypti* y se trata de un mosquito frecuente en distintos lugares del mundo, pero especialmente en áreas tropicales y subtropicales, que es capaz

de transmitir, entre otras enfermedades, la fiebre amarilla, el dengue y la fiebre del Zika. La novela sitúa en relieve la enfermedad causada por el dengue precisamente porque se desarrolla favorablemente en ambientes caribeños, por lo que se denuncia cómo la intervención de un modelo depredador de los ecosistemas termina ocasionando la difusión de una serie de enfermedades zoonóticas. Al mismo tiempo, vuelve a desplegarse una lectura de orden biopolítico en la medida en que se plantea una crítica a la estructura biomédica global que decide intervenir cuando el mercado puesto en juego es rentable (Rose, 2012, p. 97): el texto denuncia el desinterés por invertir en una vacuna en un país devastado en el sur de mundo, poniendo en relieve la dimensión geopolítica de la administración de las políticas de la vida en nuestra era.

Veamos: el niño dengue es un monstruo, una mezcla entre humano e insecto. Los monstruos, como piensa Haraway, cargan consigo con la promesa de regenerar la naturaleza dañada (2019b, p. 36). Al mismo tiempo, de acuerdo con Foucault (2010), lo que define al monstruo es el hecho de que su existencia misma y su forma no involucra solamente la violación de las leyes de la sociedad, sino también las leyes de la naturaleza: “Es, en un doble registro, infracción a las leyes en su misma existencia. El campo de aparición del monstruo, por lo tanto, es un dominio al que puede calificarse de jurídico biológico” (p. 61). El monstruo se constituye como una amenaza al orden biológico de la vida (Kappler, 1993, p. 23), dado que combina lo imposible y lo prohibido. La transgresión del monstruo lo deja, de cierta forma, al margen de todo marco, de toda clasificación. Es esta imposibilidad la que dificulta que el cuerpo del monstruo pueda volverse dócil, toda vez que la clasificación de los seres debe facilitar que sus cuerpos se tornen sumisos, doblegables (Foucault, 2001, p. 33). De acuerdo con Foucault (2010), desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, el monstruo en la tradición jurídica y científica es, esencialmente, la mezcla

[...] de dos reinos, reino animal y reino humano: el hombre con cabeza de buey, el hombre con patas de pájaro. Es la mixtura de dos especies, la mezcla de dos especies: el cerdo que tiene cabeza de carnero es un monstruo. Es la mixtura de dos individuos: el que tiene dos cabezas y un cuerpo, el

que tiene dos cuerpos y una cabeza, es un monstruo. Es la mixtura de dos sexos: quien es a la vez hombre y mujer es un monstruo [...] Transgresión, por consiguiente, de los límites naturales, transgresión de las clasificaciones, [...] transgresión de la ley como marco: en la monstruosidad, en efecto, se trata realmente de eso. (p. 68)

Lo relativo al origen del niño dengue da cuenta de lo anterior, pues su existencia desata toda clase de especulaciones:

Algunos decían que, por las condiciones infectas en que vivía la familia, en un rancho con latas oxidadas y neumáticos en los que se acumulaba agua de lluvia podrida, se había incubado una nueva especie de mutante, insecto de proporciones gigantescas, que había violado y preñado a la madre, luego de haber matado a su marido de una forma horrenda; otros, en cambio, sostenían que el insecto gigante habría violado y contagiado al padre, quien, a su vez, al eyacular adentro de la madre, habría engendrado a ese ser inadaptado y siniestro y que, al verlo recién nacido, los abandonó a ambos, desapareciendo para siempre. (Nieva, 2023, p. 16)

Un monstruo, en suma, “que habrá que alimentar y cargar hasta la tumba [...]. Un extravío de la genética, cruce enfermo de humano e insecto que, frente a la mirada asquerosa de propios y ajenos, solo producirá vergüenza, pero que nunca, jamás de los jamases, dará ni un logro, ni una satisfacción a la madre” (pp. 16-17). El niño dengue es un insecto humano, un monstruo, que tiene, sin embargo, permitido circular. De hecho, asiste a la escuela donde es objeto de crueldad sistemática. Su existencia es un riesgo, después de todo es un dengue y podría picar e infectar a quienes le rodean. Sin embargo, esas cualidades de su existencia están tachadas. Tiene permitido aletear y, a regañadientes, admiten, el zumbido permanente que lo acompaña, pero no puede picar. Dicho más

exactamente debe anular algunos de sus instintos, operar sobre sí un cierto poder interiorizado, pues podría transformarse en una amenaza mortal:

[...], él sabía que la mayor de las preocupaciones de la madre, que hostigaba sus noches y días, era que el niño dengue en algún momento, cuando creciera y deviniera en hombre dengue, no pudiera controlar el instinto que lo marcaba, y empezara a picar e infectar de dengue a todo el mundo, incluida a ella, o algún compañerito de la escuela. Un hijo que, encima de mutante portador de virus, se haría su transmisor deliberado, su gozoso vehículo homicida, y que la condenaría aún a peores amarguras. (Nieva, 2023, p. 19)

Ese instinto, sin embargo, se encuentra normalizado y el niño dengue actúa sumisamente y resiste estoicamente todos los maltratos a los que es sometido: “sabía de memoria el repertorio de maldades a los que lo someterían. Chupasangre. Bicho. Mosco inmundo, le decían. Hasta sabía cuál sería el día en que rociarían veneno contra mosquitos en su asiento” (21). Sometido a toda clase de violencias ha interiorizado su condición de virtualmente peligroso y, por eso, opera una serie de tecnologías del yo sobre sí mismo para mantenerse normalizado (Foucault, 1990, p. 48). Ahora bien, su condición de mezcla y subversión se constituyen en su don principal. El niño dengue tensiona los límites entre lo que debe entenderse por humano y no humano y, en esta misma medida, se debe considerar un chthónico, es decir, un ser capaz de establecer vínculos creativos. Su propia fisonomía lo distingue como tal:

Los imagino repleto de tentáculos, antenas, dedos, cuerdas, colas de lagarto, patas de araña y cabellos muy desenmarañados. Los chthónicos retozan en un humus multibichos, pero no quieren tener nada que ver con el Homo que mira al cielo. Los chthónicos son monstruos en el mejor sentido: demuestran y performan la significatividad material de los bichos y procesos de la tierra. (Haraway, 2019a, p. 20)

El niño dengue es, al mismo tiempo, una subjetividad precarizada que habita en una ciudad arruinada (Victorica) del Caribe Pampeano. Su condición simultánea de bicho y humano lo sitúa en un lugar de privilegio, entonces, para resistir a los poderes que intentan devastar (y reconstruir en tanto mercancía) al planeta.

5. GENERAR PARENTESCOS *OTROS*

Durante un día cualquiera, algunos niños de Victorica participan de una masturbación grupal, un ritual masculino que funciona como dispositivo de exclusión. La ceremonia es presidida por un niño llamado Dulce, quien oficia como guardián de la tradición, un pequeño acosador cruel. Se trata de un momento embarazoso para el niño dengue pues “la genitalia de los mosquitos macho, se sabe, carece de pene” (p. 24):

Por eso, el niño dengue, horrorizado de exhibir su anomalía, fue el único que no acató las órdenes del Dulce, desobediencia que no pasó desapercibida para el pequeño dictador. Este, con la malla aún por los tobillos y los puños en la cintura, comprobaba satisfecho cómo cada uno de los chicos cumplía con sus órdenes. Sin embargo, cuando su mirada aterrizó en el niño dengue (quien se había quedado helado, mirando con pudor la arena), lo desafió: ¿Qué pasa, niño dengue? ¿Te da miedo mostrar la chota? (Nieva, 2023, p. 24)

Para forzarlo a exhibir el pene ausente, el niño dengue es sometido a distintos apremios, lo que permite ilustrar el despliegue de ciertos ritos de acceso a la masculinidad y el modo en que hay cuerpos que fallan en esos rituales y que quedan en instancias intermedias, es decir, las violencias del proceso de masculinización. Se trata, en todo caso, de un episodio de especial relevancia en la novela. Hasta entonces, como hemos dicho, el niño dengue es un monstruo, pero en rigor, es propiamente un anormal, es decir, un portador de un don que, sometido a relaciones de saber/poder, debe contener dentro de sí, inexplorado, inoperante. Dicho de otro modo, un chthónico sometido a

normalización. Sin embargo, a partir de esa jornada se convertirá, siguiendo a Moraña (2017, p. 51), en una máquina de guerra, un monstruo que es capaz de poner en entredicho el sistema de clasificaciones y estratificaciones en que habita, pues de pronto, cae en cuenta de algo, mientras piensa en su cuerpo desprovisto de pene:

[...] razonó: no soy un niño, sino una niña. La niña dengue. En efecto, en la especie *Aedes aegypti*, de la él (o ella) era un ejemplar único, solo las hembras pican, succionan y transmiten enfermedades, mientras que los machos se dedican al hábito mecánico de copular y engendrar. Con alivio, con filial temor, entendió que un error gramatical la acompañó toda su vida, y que, si no era el niño sino la niña, jamás podría violar a su madre, ni repetir el crimen del que sus compañeritos acusaban a su padre. Así, enardecida como quien descubre una verdad que acoquina, la niña dengue se abalanzó sobre el cuerpo desnudo hasta los tobillos del Dulce, quien rodó por la arena. (Nieva, 2023, pp. 26-27)

El niño/niña dengue descubre que hasta ahora ha sido prisionera de una mentira, que actuaba como un poder disciplinario, una tecnología que debía imponer sobre sí misma. Emerge entonces como un cuerpo sin órganos, un cuerpo monstruoso que se resiste a la organización (Pardo, 2011, p. 99). Para tales efectos, de hecho, que se trate de un mosquito es especialmente relevante: los mosquitos carecen de columna que pueda vertebrar, es decir, organizar, significar equívocamente el cuerpo. El cuerpo de los mosquitos es más flexible y dúctil, aunque frágil. Esto último, de hecho, no es menor atendiendo a las lecturas de Haraway, toda vez que los chthónicos son frágiles, hechos, pero también deshechos y vueltos a armar a partir de una variedad infinita de ensamblajes posibles.

A partir de entonces, la niña dengue iniciará un proceso que la hará emerger como una subjetividad nómada, posthumana, ilimitada. Comienza a picar y destripar a todo aquel que se cruza en su camino. Ese gesto, que es violento, es también un gesto de búsqueda de ensamblaje y de rutas vinculadas al aprender a vivir y morir en un ambiente

severamente dañado. Su primer destino no es azaroso. La niña dengue se dirige hasta el Distrito Financiero de Santa Rosa, específicamente hacia el edificio de la Bolsa de Valores de La Pampa:

sobrevolando el lobby de esta magna torre, tapizado de enormes pantallas hasta el techo que anunciaban una cascada interminable de torrentes de dígitos y porcentajes, la niña dengue entendió por qué su madre le explicaba que las personas que allí trabajaban se llamaban *corredores*. Estos bien presentables hombres, trajeados y frenéticos, sin dejar nunca de mirar las pantallas que empapelaban la sala, corrían de acá para allá disparados en todas las direcciones, sin propósito ni fin... (Nieva, 2023, p. 57)

Mientras recorre el edificio, la niña dengue presencia la algarabía de los corredores de bolsa, quienes festejan, precisamente, que el valor de las acciones de la encefalitis paraguaya (transmitida por la picadura de un mosquito) se disparaba a niveles nunca vistos, y en cuestión de minutos, un brote infeccioso originado en Paraguay tenía brotes en Angola, Zimbabue y Gabón: “Algo nunca visto, un aumento de 326% en las cotizaciones en cuestión de segundos. El barullo es abrumador, y cada vez aparecían más personas en la sala, festejando la acelerada suba” (p. 61). Hastiada por el espectáculo, la niña dengue ataca y deja un reguero de muertos y de contagiados, dando origen a lo que el narrador identifica como el gran *crack* del 72 de la Bolsa de Valores de La Pampa:

La niña dengue, al contemplar la horrisona matanza que acababa de causar, no encontró palabras para enunciar la repulsión o el asombro o siquiera la felicidad que sentía [...]. Una fugaz intuición cruzó sus antenitas: de ahora en más, los vehículos de expresión humana serían insuficientes para comunicar su experiencia. Bzzz, bzzzz, bzzzzzz: monótonas onomatopeyas, o apenas meros ruidos molestos, eran para la insensata humanidad el zumbido goloso de sus antenas tras el banquete de agua de espada [...] que se acababa de mandar. (Nieva, 2023, p. 63)

El texto evidencia que las lenguas humanas y sus gramáticas son incapaces de traducir la experiencia de la rebelión frente a sus regímenes de exclusión. Por ello, la niña dengue recurre a la onomatopeya, al zumbido. Mientras hace batir sus alas velozmente para zumbar, contempla los efectos de su insurrección y se entera de que, desde las tripas de los cadáveres de sus víctimas, empiezan a emerger nuevas criaturas, “un monstruoso caviar negruzco” (p. 71). Regresa, entonces, a toda velocidad a la Bolsa de Valores y allí constata que entre las tripas estalladas de sus víctimas se agitan “unas tremolantes pelotas en forma de cilindro” (p. 72). Nada menos que huevos. La niña es ahora madre-dengue. Espeta: “¿Querían inmunidad? ¡Acá tienen su inmunidad!” (p. 73). Este episodio pone en relieve el hecho de que la habitabilidad sobre el planeta requiere, necesariamente, la imbricación de las especies y el aprendizaje de vivir y también de morir para que nuevos ensamblajes surjan. La niña dengue deposita huevos sobre cuerpos humanos inertes y estos eclosionan para dar paso a nuevos dengues-humanos. La pérdida de ciertas especies permite la emergencia de otras, resilientes, que surgen desde los deshechos como si se tratara de compostaje. Es preciso habituarse a vivir en un planeta donde el daño es la norma. En este marco, la mención a los huevos no es trivial, pues, más allá de que los mosquitos son ovíparos, hace referencia a la idea de cuerpo sin órganos, toda vez que, de acuerdo con Deleuze y Guattari (2004, p. 11), los huevos representan por excelencia la idea del cuerpo en potencia, desorganizado aún, dueño de todas las posibilidades imaginables e inapropiables.

Llegado ese momento la niña dengue comprende que esos huevos eclosionando abren nuevas posibilidades pues “si ella sola había matado a miles de personas en apenas una tarde, un ejército de niñas dengue sería capaz de poner a la especie entera bajo amenaza de extinción” (p. 73). No resulta casual que el ejército al que la novela alude sea un contingente femenino: es un ejército de niñas el que podría poner a la especie humana entera bajo amenaza de extinción, lo que releva una lectura esperanzadora en clave feminista. Entiende, asimismo que

[...] el Caribe Pampeano le quedaba chico: periferia del verdadero poder de la Tierra, si quería extinguir a los humanos y al inmundo sistema de

gobierno que habían creado, debía golpear en su corazón: el mismísimo Caribe Antártico, verdadero centro financiero del Sistema Solar, donde se manejan los políticos y económicos que gobernaban el destino de la humanidad y del planeta entero. Dejó tranquilos los huevos donde los había encontrado y les gritó:

—¡Mosquitos, reinad sobre este mundo! (Nieva, 2023, p. 73)

Y ese grito espeta la necesidad de que ciertas subjetividades, inorgánicas, cuerpos no domesticados, sin órganos, prevalezcan y reinen sobre este mundo y superen la excepcionalidad humana y sus regímenes de exclusión y se aboquen a la tarea de generación de nuevos parentescos, vínculos otros, amigos de la alteridad y la monstruosidad, afines a aquello que se resiste a la mera clasificación.

Para entonces, la niña/madre dengue piensa en su descendencia y se interpela: “¿Habrían nacido ya? ¿Acaso era su deber rescatarlos?” (p. 88). Cuestiona si tal vez debiera abandonar la tarea titánica que ha asumido y convertirse en “la matrona dengue, jerarca de una enjundiosa dinastía de infantiles mosquitos mutantes” (p. 88):

¿Pero cómo maternaba, se preguntó, un mosquito? Mortificada y culposa, entonces, la mami dengue miraba sus propios pechos, pero en donde habría esperado encontrar tetas, solo había una horrenda protuberancia peluda, uniforme, sin rastro alguno de pezones que chupar.

Es que (deducía la mami dengue) su especie no era mamífera. No tenía tetas, y carecía de instinto maternal. Más bien, la progenitora apenas lidiaba con la mecánica básica de ovar y desovar, legando el resto de las responsabilidades a los propios huevos, que debían arreglárselas con sus propios medios. (Nieva, 2023, p. 88).

El fragmento rompe, además, con las asignaciones rígidas de roles y propone resignificar la idea de familia, dejar atrás su connotación hegemónica para pensar en otro tipo de vínculos y en formas comunitarias para afrontar la crisis socioambiental:

Si carecía de responsabilidades como madre, pero también como hija (puesto que ya había exterminado a los verdugos de aquella), su destino ahora era dudoso, abierto, de incertidumbre y posibilidades sembrado. Libre de ataduras, ¡libre!, ya no era nadie: ni hijo, ni hija, ni mami, ni nada. ¡La nada dengue! Metafísicas dudas la abrumaron: ¿a quién, entonces, picar? ¿qué pica el mosquito cuando por picar nadie queda? ¿pica por puro placer, sangre porque sí, sangre vana y devanada? ¿por qué mosquito y no más bien *nada*?, se preguntó con afectada telenovelería. (Nieva, 2023, p. 89)

Más tarde, la nada dengue, cae en un crucero y es atacada por los pasajeros. Termina en un basurero, malherida. Entonces, repentinamente, se anuncia una alerta y se solicita que todos los pasajeros corran a esconderse a los camarotes porque se avecina una invasión de mosquitos que carga consigo con una nueva cepa del virus pampeano. La nada dengue advierte la presencia de los mosquitos:

Entonces, emocionada por el reencuentro con su prole, la nada dengue se levantó del tacho de basura y allí los vio, ¿pero cómo narrar ese encuentro con la sintaxis del castellano: humano, demasiado humano castellano, que declina los nombres en singular y plural, ¿pero desconoce otras asociaciones de los números y los cuerpos? Porque sus hijos, en una estampida tan compacta que había cobrado la forma de una nube, arrastraron todo lo que encontraron a su paso. (Nieva, 2023, p. 125)

El movimiento no se detiene. Los mosquitos continúan su avance caótico, miles de ellos convertidos en una nube zumbante

[...] precipitada e inútil y acaso descontrolada o palpitante o venenosa como el amor, que había llegado a salvar a la madre envenenada, y haría cagar fuego a los turistas que hasta hacía un momento disfrutaban de un espectáculo único que nadie más podía disfrutar, porque en el futuro en el que transcurre esta historia solamente la gente con guita conocía y gozaba de lo que el planeta ya había perdido.

¡Salve, nube dengue! (Nieva, 2023, p. 126).

Devenida, entonces, en nube, la niña dengue pone en juego una modalidad de ensamblaje que rompe con cualquier lógica de parentesco predecible y estático. Cumple, así, una de las promesas de los monstruos. Su aventura, con todo, no terminará allí. Ansiosa por develar sus verdaderos orígenes, terminará enfrentando Noah Nuclopio. Entonces, descubrirá que su origen es, en realidad, el origen de todo, un cierto lugar que no es un lugar, “fuente de la anarquía primigenia” (p. 157), una inmemorial inteligencia geológica del que emana todo lo conocido y donde se confunden todos los momentos y lugares: la Gran Anarca.

6. COMENTARIOS FINALES

Al crear esta fábula distópica, Michel Nieva interpela nuestro presente con mucha intensidad. El escenario de devastación ambiental que propone y el aprovechamiento de esos efectos por parte del capitalismo avanzado son realidad en nuestros días. Dispuesta en clave de ciencia ficción, *La infancia del mundo* abre las posibilidades de lectura que ponen en entredicho el modo en que nuestras sociedades perciben el presente. De cierto modo, Nieva pretende poner en jaque esa frase a veces atribuida a Jameson, a veces a Žižek, de acuerdo con la cual es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo (Bonada Chavarría, 2018, p. 139). En lugar de eso, la novela de Nieva es una invitación a pensar resistencias al capitalismo. Lo denuncia, desde luego, como un modo de organización de la naturaleza que ha sido permanentemente como exterior o

alteridad, como codificable y explotable. En esta medida, la novela permite poner en juego la necesidad de descentrar al ser humano como única entidad consciente y con capacidad de agencia sobre el entorno y, en este sentido, la necesidad de superar la idea de excepcionalidad humana y de buscar la generación de parentescos otros.

Según lo anterior, y a propósito del devenir del niño/niña/madre/nada/nube dengue, pone en juego la necesidad de establecer parentescos nuevos, otros, que sean capaces de desplegar formas novedosas de relación multiespecie y cyborg, en donde las modificaciones tecnológicas de los cuerpos, de animales, plantas y humanos, respondan a la necesidad de sanar parcialmente nuestro planeta, y en donde las nuevas narrativas sobre lo que somos y hacemos resultan imprescindibles para dar vida a comunidades que puedan entrar en contacto con otras y aprender de ellas. Se trata, entonces, de resistir al capitalismo a partir de una utopía radicalmente intercultural y multiespecie.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Araiza Díaz, Verónica. (2021). "Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway". *Andamios*, vol. 18, núm. 46, pp. 413-441.
- Araiza Díaz, Verónica y Alejandra Araiza Díaz. (2021). "Hacia una revolución del *oikos*: repensar la familia y abrazar los *parentescos raros* de Haraway". *Clivatge*, núm. 9, pp. 9-38.
- Bonada Chavarría, Alejandro. (2018). "Venimos a hablar de lo imposible, porque lo posible ya se ha hecho". *Temas Antropológicos: Revista Científica de Investigaciones Regionales*, vol. 40, núm. 2, pp. 139-143.
- Crutzen, Paul y Eugene Stoermer. (2000). "The Anthropocene". *Global Change Newsletter*, núm. 41, pp. 17-18.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. (2004). *Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Paidós.
- De Leone, Lucía. (2017). "Modelo para armar: la pampa gore y cibernética del siglo XXI". *Revell*, vol. 3, núm. 17, pp. 207-229.
- Fisher, Mark. (2016). *Realismo capitalista*. Caja Negra.
- Foucault, Michel. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós.

- Foucault, Michel. (2001). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. FCE.
- Foucault, Michel. (2010). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. FCE.
- Foucault, Michel. (2021). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. FCE.
- González Johansen, Belén. (2021). “La distorsión de las fronteras. Reseña de *Tecnología y barbarie. Ocho ensayos sobre monos, virus, bacterias, escritura no humana y ciencia ficción*, de Michel Nieva (2020)”. *Luthor*, núm. 50, pp. 50-59.
- Haraway, Donna. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*. Cátedra.
- Haraway, Donna. (2019a). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Haraway, Donna. (2019b). *Las promesas de los monstruos. Ensayos sobre Ciencia, Naturaleza y Otros inadaptables*. Holobionte Ediciones.
- Harvey, David. (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal.
- Kappler, Claude. (1993). “A noção de monstruosidades”. *Monstros, Demônios e encantamentos no fim da Idade Média*. Martins Fontes.
- Klein, Naomi. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós.
- Klein, Naomi. (2020). *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Paidós.
- Lalkovičová, Eva. (2023). “El mito gaucho en la literatura argentina contemporánea y sus transformaciones”. *Études romanes de Brno*, vol. 44, núm. 2, pp. 339-364.
- Merlinski, Gabriela. (2021). *Toda ecología es política. Las luchas por el derecho al ambiente en busca de alternativas de mundos*. Siglo XXI.
- Moore, Jason. (2020). *El Capitalismo en la trama de la vida*. Traficantes de Sueños.
- Moraña, Mabel. (2017). *El monstruo como máquina de guerra*. Iberoamericana/Vervuert.
- Nieva, Michel. (2020). *Tecnología y barbarie. Ocho ensayos sobre monos, virus, bacterias, escritura no-humana y ciencia ficción*. Anagrama Argumentos.
- Nieva, Michel. (6 de mayo de 2022). “Entrevista. Michel Nieva, el escritor que da cuerpo al cyberpunk y vida a gauchos androides, por Liliana Vera Ibáñez”. *La Izquierda Diario*, <https://www.laizquierdadiario.com/Michel-Nieva-el-escritor-que-da-cuerpo-al-cyberpunk-y-vida-a-gauchos-androides>
- Nieva, Michel. (2023). *La infancia del mundo*. Anagrama.

- Nieva, Michel. (11 de octubre de 2023). "Michel Nieva: "para el capitalismo, el fin del mundo es una mercancía más", por Cecilia Rodríguez". *La Izquierda Diario*, <https://www.laizquierdadiario.cl/Michel-Nieva-para-el-capitalismo-el-fin-del-mundo-es-una-mercancia-mas>
- Pardo, José Luis. (2011). *El cuerpo sin órganos. Presentación de Gilles Deleuze*. Pretextos.
- Rose, Niklas. (2012). *Políticas de vida: biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. Unipe.
- San Román, Amanda. (2023). "Una lectura ecocrítica de dos cuentos de Mariana Enríquez: naturaleza, violencia ecológica y terror social en 'Bajo el agua negra' y 'Tela de araña'". *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, núm. 7, pp. 376-396.
- Schaeffer, Jean-Marie. (2009). *El fin de la excepción humana*. FCE.
- Tsing, Anna, Heather Swanson, Elaine Gan y Nils Bubandt, eds. (2017). *Arts of Living on a Damaged Planet*. University of Minnesota Press.
- Van Dooren, Thom. (2014). *Flight Ways. Life and Loss at the Edge of Extinction*. Columbia University Press.